

Arquitecto conservador o Arquitecto restaurador

Alberto Humanes

A Dionisio

En uno de sus últimos trabajos —Storia, conservazione, restauro— el historiador Manfredo Tafuri realiza una interesante aportación al viejo debate sobre la conservación frente a la restauración del patrimonio arquitectónico. Clarifica estos conceptos, habitualmente confundidos como equivalentes, a los que considera como prácticas operativas diferentes e incluso antagónicas; pero en su enfoque va más allá al vincular a la historia con la idea de conservación, conceptuando, en cambio, a la restauración como parte de la arquitectura.

Recuerda que las obras arquitectónicas consideradas colectivamente con valor de monumento no permiten ninguna transformación, rehabilitación o reutilización. Si un monumento tiene realmente el valor de *mementum* mismo en él, ni instituciones públicas o privadas deben promover ningún tipo de uso distinto al que el edificio mantiene históricamente. Para estos casos sólo es posible su conservación. La conservación, entendida como una operación cuyas acciones se dirigen exclusivamente a conseguir, por medios técnicos, detener, o al menos ralentizar los procesos de degradación del monumento. Para el profesor italiano, al ser una operación analítica, científica, técnica... (no como la restauración que al ser arquitectura es una transformación... que tiene en cuenta los valores históricos, eso sí, pero que no puede ser sino arbitraria), ha de ser confiada a especialistas. Tafuri propone para estos casos la necesidad de un nuevo profesional, que no es el arquitecto, sino el especializado arquitecto-conservador, que conozca en profundidad la historia de las técnicas constructivas, que trabaje todos los días y exclusivamente sobre los monumentos antiguos, y que no construirá nada jamás, sino que se ocupará de forma específica de un patrimonio que hoy se ha confiado a las competencias más extravagantes y está expuesto a las inventivas políticas y administrativas más atrevidas.

Estas consideraciones del profesor Tafuri obligan inevitablemente a la reflexión porque, aun coincidiendo en gran parte con su planteamiento, compartiendo muchos de sus juicios y aun comprendiendo sus razonamientos, no puedo sino cuestionar algunas, por lo que creo necesario precisar unas puntualizaciones sobre ellas.

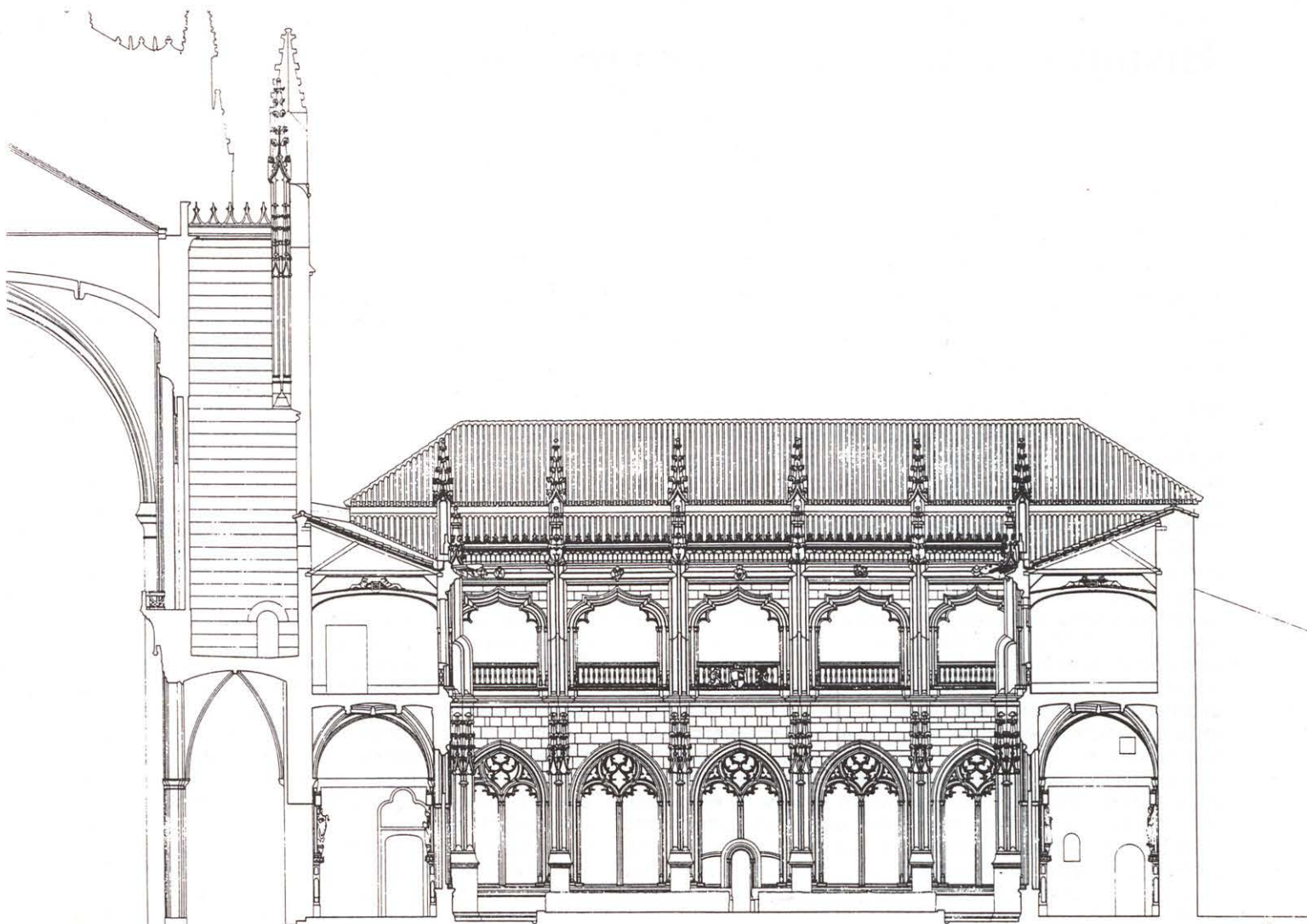
En primer lugar, debemos recordar que solamente podemos conservar lo que ya existe. Por desgracia, hoy en día, los casos en que es posible intervenir exclusivamente con acciones de conservación son pocos; la mayoría de los casos exigen la introducción de nuevas piezas, elementos o injertos, que necesariamente incidirán sobre los datos arquitectónicos del monumento en que se interviene y que, por lo tanto, requieren una acción restauradora proyectada por el arquitecto. Una obra de arquitectura demandará únicamente intervenciones de conservación sólo en dos circunstancias: cuando se encuentra en un estado casi perfecto o, por el contrario, cuando es una ruina. Entre estos dos extremos existe una enorme casuística

que exige que las intervenciones sean de restauración. Por otro lado, es importante tener en cuenta que la conservación absoluta es imposible; siempre habrá aspectos del edificio que se alteren o se eliminen. El propio autor también es consciente de que la pura conservación es también una obra de transformación: no nos engañemos con que la conservación deje al monumento tal como es.

En segundo lugar, ¿quién es este nuevo profesional que reclama Tafuri? Personalmente creo que este arquitecto-conservador no es nada nuevo, que ya existe. Este arquitecto-conservador, buen conocedor de la historia y de las técnicas constructivas tradicionales, especializado en la tutela activa de los monumentos arquitectónicos, con oficio adquirido en la práctica diaria, escasamente formado para la proyectación, vinculado a las Cátedras de Historia, Arquitectura..., al menos en España este profesional existe desde hace mucho tiempo. ¿No es el mismo perfil que el de el arquitecto inspector de monumentos, dedicado en exclusiva a su custodia, (a su gestión, al estudio de su patología, a su restauración, etc.) o el del actual "maestro mayor" de nuestras catedrales, o el que, autocalificado de especialista, trabaja por libre con encargos fundamentalmente de restauración, herederos todos ellos del caduco arquitecto de zona?

En otro orden, así como Tafuri excluye a su arquitecto-conservador de las intervenciones creativas y de las operaciones de transformación de uso de los contenedores históricos aptos para ello, que reserva al arquitecto, asignándole en cambio el papel de coordinador de la mesa de negociación de estas operaciones, ocurre, en un plano realista, con el arquitecto al servicio de la administración del patrimonio español, centrado cada vez más en esta función.

En tercer lugar, pienso que la vinculación de la conservación con la historia y de la restauración con la arquitectura supone una restricción sólo comprensible dentro del ámbito reduccionista de la enseñanza universitaria. El conocimiento de la historia (estilos, técnicas, lugar, acontecimientos, etc.) es el instrumento que posibilita interpretar correctamente un monumento y, por consiguiente, el poder restaurarlo con las mayores garantías que admite una operación necesariamente subjetiva, especialmente si es preciso reintegrar zonas o elementos arruinados. Al arquitecto no se le puede sustraer una buena formación histórica. Porque si la restauración forma parte de la cultura arquitectónica, el arquitecto restaurador deberá adquirir todos los conocimientos indispensables para poder realizar su trabajo con rigor. Pero, además, deberá asumir valientemente su propia responsabilidad de arquitecto y actuar con el convencimiento de que al poner su mano sobre un monumento le aporta inevitablemente una huella culturalmente significativa de su tiempo. A su vez, las acciones de conservación, como apuntaba Roberto Pane, también comportan decisiones de naturaleza crítica, estética e histórica, por lo que creo imprescindible que el arquitecto-conservador esté al día en las técnicas y sepa valorar la arquitectura de calidad del momento en que vive. Porque en



S. Juan de los Reyes (Toledo). Sección por el claustro.

muchas ocasiones estas intervenciones, y las de restauración en mayor grado, exigirán la asunción de una decisiva responsabilidad proyectiva.

Coincidió con Francesco Venezia al pensar que la separación por tantas décadas entre el ámbito de la conservación y el de la proyección ha sido terriblemente perjudicial para la cultura arquitectónica. Tanto en la práctica de la restauración, como es la tutela de los centros históricos o en las intervenciones en los mismos, este divorcio ha comportado a lo largo de tanto tiempo un empobrecimiento técnico y una baja calidad de las actuaciones (sólo en la década de los ochenta, en que desde la administración se implicó a la profesión en general en la actuación sobre el patrimonio, se corrigió temporalmente este problema). Los arquitectos relegados secularmente de la confrontación con la arquitectura de calidad del pasado —y, por otro lado, los conservadores desinteresados por las novedades de las vanguardias culturales— además de abrir un abismo de intereses entre sí cada vez mayor, generaron su común empobrecimiento disciplinar. Esto lo entiende con claridad Tafuri cuando, al final de la conversación, proclama que es difícilísimo aceptar una visión histórica de lo antiguo si no se aprende a vivir

en el presente y a apreciar las operaciones que innovan los valores.

Por otro lado pienso que se debería tratar de obtener tanto para el restaurador como para el conservador una formación que tienda a dotarle del mayor oficio (en las técnicas históricas y en las más actuales) y de la mayor sensibilidad (para la arquitectura del pasado y para la más reciente), una formación lo más completa posible de un único profesional, el arquitecto, que actuará como conservador o como restaurador dependiendo de la solicitud del problema que tenga que resolver en su intervención en el monumento; una formación, en suma, que ha de tender a una adquisición de conocimientos técnicos y a una preocupación cultural constante. No es de extrañar, por tanto, que un gran arquitecto conservador como Paolo Marconi, en *Il Restauro e il architetto*, oponga al arquitecto- conservador tafuriano el definido por Marco Dezzi preocupado de ser buen custodio y conservador objetivo del patrimonio, además de ser interprete auténtico y personal de su momento; que trabaja sobre todo en el detalle, que se centra en el particular del que respeta la diferencia, que escucha a lo existente pero que además se implica en resignificarlo a través del acto proyectivo. ■